**Cosas que debemos eliminar**

Efesios 4:31-32

¨*Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo¨.*

Estas son cosas que se encuentran en nuestras vidas. A veces entran sutilmente, sin que nos demos cuenta. Satanás es muy sutil. El siempre anda buscando una manera de quitar de nosotros el gozo de la vida cristiana. Estas son cosas que pueden arruinar nuestro testimonio y quitarnos de las filas de los siervos de Dios. Estos son pecados de una naturaleza emocional que tienen su efecto sobre nuestro estado de ánimo.

El versículo comienza con un mandamiento. Dice que tenemos que quitar estas cosas. Es un acto deliberado de arrancar estas cosas. Es como mala hierba que crece entre nuestras flores. La palabra “todo” tenemos que añadir a todas estas cosas.

La primera cosa que hemos de quitar es la amargura. Esta es un estado irritado en la mente que produce una mala actitud hacia los demás. Primero, quizás es contra una sola persona, pero después otro dice algo desagradable. Y por ahí otro me mira con mala cara. Si dejamos nuestra mente quedar ocupada en estas cosas, un espíritu de amargura pone raíces en nuestra mente. La amargura busca fallas en la vida de los demás. Ciega la mente a lo bueno en la vida de los demás y se fija únicamente en lo malo. Con este espíritu comenzamos a juzgar los motivos de los demás.

A veces la amargura puede embromar nuestra actitud hacia los demás en la familia. Jóvenes pueden ser amargos, primeramente en contra de sus padres porque no les permiten hacer algo. Después esta amargura afecta su actitud hacia todos los demás en la familia que están de acuerdo con sus padres.

Lo mismo puede suceder en una iglesia. Si alguien está censurado por algo incorrecto que hizo, en vez de aceptarlo con humildad, lo toma como una ofensa. El mal espíritu cambia su actitud hacía a los demás en la iglesia. El piensa “Son todos hipócritas que piensan que son mejores que los demás”. Resulta que él no se siente feliz entre ellos y el estar en la iglesia no es tan agradable que era antes. Para justificarse, él comienza a vanagloriarse en sus virtudes. Son como el fariseo en Lucas capítulo 18. El tenía amargura en contra de los publicanos. El no pudo ver nada de bueno en los publicanos pero dijo, “Yo ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano” (Lucas 18:12).

Lamentablemente, la persona con amargura es inconsciente de su trastorno. Puede ver defectos en los demás, pero es ciego a los suyos. El no puede disfrutar del gozo del Señor ni de la comunión con los demás hermanos.

También tenemos que quitar el enojo. Hay dos palabras parecidas en este versículo. Son enojo e ira. Hay los que viven enojados. Otros se enojan cada tanto. Esto es más bien la ira. Para algunos, el enojo sirve como un estimulante. Bajo la influencia del enojo es fácil hacer cosas imprudentes, aun dañinas. Hacemos y decimos cosas para lastimar a los demás cuando estamos enojados. Puede ser en venganza. Puede ser únicamente porque estamos enojados y sentimos satisfacción en hacer a otros sufrir. La Biblia no dice que nunca debemos enojarnos, pero es un estado emocional que debemos saber controlar y eliminar lo más pronto posible. Efesios 4:26 dice “Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo”.

La persona con ira se enoja fácilmente. No tiene control sobre su espíritu. No puede ser ofendida sin reaccionar con ira. Resulta muchas veces en gritería. Hay creyentes inmaduros y egoístas que buscan lo suyo en vez de lo que es la voluntad de Dios o lo mejor para los demás. Ellos saben manipular. Ellos se ponen de mal humor, aun gritan, si los demás no conceden a ellos. Es posible guardar enojo e ira por adentro. Cuando es así, se manifiesta en su semblante. El consejo de algunos es que tenemos que expresar nuestra ira. Sí, es verdad que nos hace daño si está guardada adentro. El mejor consejo es que debemos saber controlar nuestro enojo. El Rey David puso un buen ejemplo cuando fue blasfemado por Simeí. El rey estuvo pasando por un muy mal momento porque tenía que huir de Jerusalén porque su hijo, Absalón, robó el reino de él. Encima de todo, este mal viviente salió gritando blasfemias en contra de él. Un siervo del rey ofreció callar a Simeí por quitar su cabeza. El rey le dijo, “Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David” (II Samuel 16:10).

La palabra “maledicencia” es blasfemia. En Colosenses 3:8 la palabra es traducida blasfemia. Es hablar en contra de alguien. Puede ser en su cara o a sus espaldas. Hay algunos que andan, no únicamente chismeando, sino criticando. Les encanta hablar de las fallas de los demás.

Hay una cosa más en este versículo que tenemos que quitar. Es malicia. Esta palabra abarca muchas cosas. Es mal en general.

Cada vez que la Biblia habla de cosas que tenemos que quitar, a su vez, habla de lo que tenemos que añadir. Así es aquí también. El versículo 32 dice lo que debemos añadir para reemplazar lo quitado. Debemos ser benignos unos con otros. Esta es la palabra clave. Si somos benignos vamos a ser misericordiosos y perdonar. Siempre debemos tomar en cuenta el bienestar de los demás. Ser misericordioso es conceder a otros lo que realmente no merecen. No es mimarlos. Puede ser que con nuestra misericordia debemos corregirlos.

También debemos ser prontos en perdonar a los demás. Dios puso el ejemplo en perdonar a nosotros. Tantas veces hacemos mal a nosotros y a los demás por no estar dispuestos a perdonar. Perdonar es divino. Guardar rencor es diabólico.

Le animo a escudriñar su vida a ver si hay algunas de estas cosas que debe quitar. Tómalos como mala hierba en su jardín. No le hace nada bueno. Aunque hace falta un esfuerzo arrancarlas, va a andar mejor sin ellas. Sea diligente también en reemplazarlas con la benignidad.